

LAS IGLESIAS DE CHILOÉ

Lilian Legnazzi

lizzangel@hotmail.com.ar

Licenciada en Historia (USAL USAL).
Diplomada en Estudios Políticos Superiores (UCA).
Integra el Consejo Académico Asesor
de la Revista Científica Equipo Federal del Trabajo.

Resumen

Los jesuitas se lanzaron al mundo llevando las consignas de obediencia al Papa y universalidad, con una estrategia evangelizadora centrada en la utópica construcción de ciudades de Dios (por ejemplo las misiones) alejadas de los centros urbanos españoles –en este caso- y una piedad orientada a la acción social y espiritual con los aborígenes que alterara lo menos posible su cultura.

Palabras claves

Jesuitas; Misiones; Chiloé

Summary

The Jesuit rushed to the world taking the watchwords of obedience to the Pope and universality, with an evangelizing strategy centered in the utopian construction of cities of God (for example the missions) far from the centers urban Spaniards - in this case - and a pity guided to the social and spiritual action with the aboriginal ones that it altered the less possible thing their culture.

Key words

Jesuit; Missions; Chiloé

El arquitecto Mario Buschiazzo en su clásica *Historia de la arquitectura colonial en Iberoamérica* no las menciona¹, debieron esperar a que el desarrollo turístico de la región, en las dos últimas décadas del siglo XX, las difundiera más allá de su ámbito. Personalmente conocí su existencia a través del comentario entusiasta y maravillado de un alumno, estudiante de la carrera de Turismo, allá por 1984. Por los avatares de la vida recién este año pude visitar algunas de ellas y apreciar aquello que los misioneros jesuitas del siglo XVIII expresaron con justeza: “...en Chiloé se portó escasa la naturaleza pero se mostró liberal la gracia (...) en su natural pobreza logra la excelencia de ser un jardín de la Iglesia”. El reconocimiento llegó tarde pero es importante, en el año 2000 dieciséis de ellas fueron declaradas por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad.

¹ Buschiazzo, Mario, cap. VI “El confín del universo”, pp127 a 132. EMECE Editores, Buenos Aires, 1961.

El archipiélago de Chiloé, al sur de Chile es el resultado del hundimiento de un valle central que el mar ocupó generando un espacio interior, separado del continente y protegido.

Los chonos, habitantes originales de las islas, ocupaban el borde costero oriental y vivían desperdigados porque no conformaban aldeas; se comunicaban por senderos a pie durante las mareas bajas o por mar en piraguas que denominaban “dalcas”. Grandes navegantes se supone que fueron chonos los que guiaron a Magallanes y, con seguridad, después a los misioneros españoles. A diferencia de los mapuches que invadieron la isla los chonos eran monógamos y sedentarios que habitaban en chozas de paja llamadas rucas. Cultivaban vegetales autóctonos: la papa el maíz y la quinoa y a bordo de sus dalcas recolectaban mariscos que complementaban su alimentación. Eran además grandes hiladores y tejedores con lana de llama, habilidades que perduran hasta nuestros días.

La primera estimación de la población fue hecha en 1609 por los jesuitas y contabilizó entre 10 y 12 mil nativos. Hoy están extinguidos pero perduran algunos de sus rasgos a través del mestizaje.

Otro grupo nativo era el de los caichahues, quienes al igual que los chonos hablaban un idioma distinto al mapuche.

La colonización de la isla de Chiloé comenzó hacia 1570 e inicialmente la evangelización estuvo a cargo de mercedarios y franciscanos. Recién en 1608 llegaron los primeros jesuitas y desarrollaron una labor sistemática durante 160 años, esta labor fue de tal magnitud que forjó un espíritu religioso que aún hoy perdura y maravilla. En un territorio que se extendía desde Osorno hasta el Estrecho de Magallanes los jesuitas instalaron su residencia en Castro, en el centro de la isla. En tan amplio territorio y con una población dispersa, debieron realizar un impresionante despliegue pues eran pocos misioneros. A pie o en frágiles piraguas itineraban de a dos sosteniendo una labor que, en el proyecto de apostolado universal que se propuso la Orden, tenía la connotación de ser la más austral del mundo.

En efecto, cuando San Ignacio crea la Compañía de Jesús (en el año 1539, reconocida oficialmente en 1540) eran los tiempos del Concilio de Trento (1545-1563) el mismo que definió qué significaba ser católico después del cisma protestante y lo hizo centrando la identidad en la figura del pontífice romano y en la condición de universal, que es el significado de católico.

Los jesuitas se lanzaron al mundo llevando las consignas de obediencia al papa y universalidad, con una estrategia evangelizadora centrada en la utópica construcción de ciudades de Dios (por ejemplo las misiones) alejadas de los centros urbanos españoles –en este caso- y una piedad orientada a la acción social y espiritual con los aborígenes que alterara lo menos posible su cultura.

Así, en el caso de Chiloé la estrategia consistió en concentrar a los indios en la costa este y auxiliarse con catequistas nativos llamados fiscales, en tanto se organizaba en cada una de las comunidades la construcción de una capilla y los misioneros circulaban entre ellas realizando una visita anual.



Iglesia de Ancud en proceso de restauración.

En la actualidad subsiste la figura del fiscal en cada grupo y por tradición conservan la llave de la iglesia.

Se cuentan alrededor de 70 capillas que se identifican por el nombre de la localidad, Achao es la más antigua, Quinchao la más grande con 1200m², Vilupulli tiene la torre más esbelta, Dalcahue está en etapa de restauración, etc. Son, junto con algunas que se encuentran en Estados Unidos, Alemania y países escandinavos, ejemplo excepcional de la arquitectura en madera del siglo XVIII. Las primeras iglesias fueron construidas íntegramente en este material, unidas por tarugos en lugar de clavos debido a la falta de metales. Como entre los jesuitas que misionaron en Chiloé en los primeros tiempos muchos eran oriundos de Baviera, las características de construcción y estilo denuncian ese origen.

Las iglesias se construían sobre la costa a una distancia aproximada de 15 km unas de otras, el edificio además de ser ámbito litúrgico, era elemento nuclear y de identificación para la comunidad y en conjunto conformaban “un urbanismo religioso que transformara

el mar interior de Chiloé en lo que ellos llamaron el *jardín de la Iglesia*, pues este mar interior era el medio de comunicación y gran ordenador de la vida”²



Iglesia en Butalcura

² Guía Turistel 2006, TURISCOM, Santiago de Chile, p 222.



Libros de casamientos (1791-1803) y bautismos que se conserva en la Fundación Cultural Amigos de las Iglesias de Chiloé, Ancud.

A través de más de 300 años el clima y hechos fortuitos como incendios las han deteriorado o destruido por eso se habla de iglesias de primera generación, de segunda y hay algunas, como la de Castro, que son ya de tercera generación.



Elementos rescatados de las iglesias de Chiloé que se exponen en la Fundación Cultural Amigos de las Iglesias de Chiloé y que fueron reelaborados fielmente. A través de esta tarea, desde 1993, la Fundación enseña y sostiene un trabajo artesanal de la madera de alto nivel.

Queda mucho en el tintero para decir, pero lo dejo librado al acicate de la curiosidad personal; simplemente termino con una reflexión personal. Las iglesias de Chiloé trajeron a mi mente las palabras del papa Francisco en su mensaje inaugural como obispo de Roma, cuando dijo que venía del fin del mundo y comprendí que a través de ellas se identificaba profundamente como católico y jesuita.